

Alteza, distinguidas autoridades, señoras y señores académicos, queridos compañeros de la Universidad, queridos alumnos y profesores de Bachillerato, señoras y señores:

No podría decir con seguridad cuáles son las asignaturas favoritas de nuestros jóvenes, pero creo que no me equivoco al señalar que la Lengua no suele estar entre ellas. A los jóvenes les encanta hablar, usar el idioma, comunicarse, expresarse libremente. Lo que no les suele gustar es «la Lengua». Son muchos los que coinciden en este diagnóstico, así que podemos intentar identificar a los responsables más inmediatos: *nosotros*, los profesores de Lengua. Aun así, me parece que la primera persona del plural, *nosotros*, —como ven, entro en materia gramatical en la primera ocasión— no abarca a todos los causantes de este triste diagnóstico. Creo sinceramente que la otra parte es «los estudiantes», *ellos*, tercera persona del plural.

Nosotros, los profesores, somos responsables de que en demasiadas clases de Lengua se introduzcan terminologías abstrusas que a los alumnos les parecen inescrutables, opacas, arbitrarias, sin apoyo en la realidad. Somos responsables de que demasiados términos se asocien con un sistema conceptual alambicado que los alumnos ven extraño y, sobre todo, ajeno.

Se ha confundido muchas veces la enseñanza del uso instrumental del idioma con el estudio de las teorías que tratan de sacar a la luz la intrincada complejidad de los sistemas lingüísticos. Como resultado de esa confusión, los estudiantes reciben una y otra vez la impresión de que lo que se les muestra no tiene que ver con ellos. Piensan que podrá tener interés para sus profesores o para los profesores de sus profesores, pero entienden que no forma parte de su ser ni de su mundo. Cuando el profesor de Ciencias Naturales explica en la pizarra la estructura del corazón, el alumno sabe que el órgano que le están describiendo es su corazón, el suyo propio. En cambio, cuando el profesor de Lengua desgana las variedades de las subordinadas sustantivas o de los tiempos del subjuntivo, el alumno entiende que no son sus subordinadas ni sus tiempos; percibe que aquello no tiene relación alguna con él; que forma parte de otro mundo.

Pero también ellos tienen alguna responsabilidad en la situación. La tienen sin duda porque no siempre se dan cuenta de que el dominio del idioma es una garantía de ascenso profesional en cualquier sociedad que reconozca la igualdad de oportunidades. Son también responsables porque demasiadas veces pasan por alto el hecho de que hablar y escribir con corrección es una necesidad personal y social, en lugar de un lujo o un adorno. El brillante escritor chileno Antonio Skármeta lo explicaba hace un año con estas rotundas palabras:

«La manera de expresar, de expresarse, define con abrupta inmediatez la posibilidad que tiene un ser humano de funcionar en tareas que supuestamente son de élite, y aparta a aquellos con deficiencias expresivas de tra-

bajos en esferas sofisticadas de decisión. A las personas incapaces de un manejo eficaz del lenguaje se los ubica en roles secundarios de la escala social [...]. Hablar mal, comunicarse sin expresión ni convicción, con temor al lenguaje, cuyo poder [se] siente que está en otros, en estratos inalcanzables, reduce las posibilidades de crecimiento de los individuos, los hace víctimas de la desigualdad».

(Antonio Skármeta, *Palabras desiguales*, *El País*, 22/07/2010)

Pero existe una tercera dimensión. No la voy a poner en nuestro plato de la balanza ni en el de los alumnos porque no es un mérito ni un demérito de nadie, sino más bien una oportunidad. Analizar la lengua es también analizarnos, ya que las gramáticas son descripciones de la arquitectura del idioma, y la arquitectura del idioma es, en buena medida, el armazón de nuestro pensamiento. La *Nueva gramática* de la RAE y la Asociación de Academias es el resultado de una intensa tarea colectiva que hoy cumple su penúltima etapa. La última etapa de este proyecto, comenzado en 1998, se alcanzará dentro de unos meses, cuando se publique el volumen de fonética y fonología que pondrá fin a una obra tan dilatada en su gestación como extensa y abarcadora en sus contenidos.

La tercera versión de este tratado, que hoy presentamos, ha sido magistralmente dirigida por nuestro compañero Salvador Gutiérrez. En ella se rebaja notablemente la densidad de los conceptos morfológicos y sintácticos, y se hacen accesibles a las personas sin formación lingüística. Desde luego, no eran densos por capricho de los redactores, sino porque, como sabemos, siempre es más arduo desentrañar los mecanismos de un sistema complejo interiorizado, además de sujeto a una riquísima variación geográfica y social, que usarlo de manera inconsciente e intuitiva.

A pesar de su brevedad, la tercera versión de la *Nueva gramática* destaca pedagógicamente los aspectos normativos esenciales, y simplifica a la vez la descripción de los aspectos constitutivos o internos del sistema. Estoy convencido de que contribuirá grandemente a acortar la tradicional distancia que ha venido separando a las gramáticas de los usuarios de la lengua que no mantienen una relación profesional con ella. También estoy seguro de que acercará el estudio de esta parte de la lingüística a los estudiantes de niveles preuniversitarios, e intuyo que a más de uno le servirá como pórtico para pasar a las versiones más extensas de esta misma obra, o como acicate para consultar otras gramáticas y otras monografías.

Nosotros hemos procurado hacer más accesible la estructura del idioma. Ojalá ellos, los estudiantes, adquieran el pleno convencimiento de que, en mayor o menor medida, han de familiarizarse con ella; pero, sobre todo, ojalá alcancen la íntima y segura convicción de que la lengua les pertenece. Muchas gracias.

**Ignacio Bosque**

**Real Academia Española**  
**Ponente de la *Nueva gramática de la lengua española***